

## CAPÍTULO 6

# El Mesolítico y la Prehistoria reciente en el valle del Sella

PABLO ARIAS CABAL

RAFAEL BOLADO DEL CASTILLO

MIRIAM CUBAS MORERA

MIGUEL ÁNGEL FANO

SARA NÚÑEZ DE LA FUENTE

JOSÉ ANTONIO LÓPEZ SÁEZ



## 1. Nuevos tiempos: La evolución climática durante el Holoceno

La transición entre el final del Pleistoceno, determinado climáticamente por unas condiciones frías y secas, y el inicio del Holoceno (ca. 9750 a.C.), estuvo caracterizada, desde un punto de vista paleoambiental, por un aumento de las temperaturas, de alrededor de 15° C de media, durante un proceso bastante rápido, aunque progresivo, que derivó en el ascenso de los niveles del mar entre 30 y 40 m, como consecuencia de la fusión del hielo procedente de los casquetes polares. Estos hechos, probablemente, actuaron como agente atemperador del clima, propiciando nuevas condiciones de mayor temperatura y pluviosidad a nivel planetario, aunque con evidentes consecuencias en la morfología de la costa, pues, aunque favoreció la formación de estuarios y marismas, supuso también la desaparición de territorios emergidos, con la consiguiente pérdida de registros arqueológicos. Aunque existe un patrón general de la variabilidad climática señalada, se han documentado, sin embargo, diferencias entre regiones. Así, mientras amplios territorios de Europa y de todo el Hemisferio Norte experimentaron el ya citado aumento de humedad y temperatura, los más próximos a la cuenca mediterránea, como la Península Ibérica, se vieron afectados por periodos de sequías y aridez acusados, por una fuerte estacionalidad, que en algunas regiones ibéricas incluso se prolongan hasta momentos ya avanzados de los inicios del Holoceno.

En lo que concierne a la región cantábrica en general, y al valle del Sella en particular, esta mejoría climática fue un factor determinante en la configuración del paisaje, pues las nuevas condiciones, más templadas y húmedas, provocaron una rápida respuesta de las comunidades vege-

tales. Así, los elementos típicamente esteparios asociados al paisaje del Tardiglacial fueron sustituidos rápidamente, a inicios del Holoceno, durante el Mesolítico, por densos bosques de formaciones caducifolias, que habrían permanecido hasta entonces reducidas a enclaves con ambientes más térmicos, a refugios de flora mesófila y termófila. Los registros paleoclimáticos de los lagos Enol y Ercina (Covadonga, Cangas de Onís) son un claro reflejo de este cambio en las condiciones paleoambientales (Moreno *et al.* 2011). En ellos, se observa el paso de un paisaje dominado principalmente por herbáceas y gramíneas, con un bajo porcentaje de árboles y arbustos en los momentos finales del Pleistoceno, a otro en el que los bosques caducifolios colonizan el espacio. Estos bosques habrían estado formados principalmente por robles, abedules y avellanos, acompañados, en menor medida, por nogales, castaños y hayas. Esto último confirma el carácter autóctono de estas especies, pues tradicionalmente se creyó que habían sido introducidas en la Península Ibérica durante la romanización. Los datos paleoambientales, a día de hoy, permiten asegurar el carácter natural en la península ibérica del nogal, el castaño y el haya, especies que subsistieron en áreas especialmente protegidas durante el Pleistoceno, en refugios; pero que al iniciarse el Holoceno, con la mejoría climática, experimentarían cierta expansión. La presencia, de manera generalizada, de vegetación típica de ribera como los alisos, los sauces, los olmos o los tilos, evidencian la presencia de cursos estables de agua a lo largo de toda la región, y de la importancia de los bosques riparios en los paisajes de inicios del Holoceno.

Durante el Neolítico, a mediados del Holoceno, los bosques caducifolios de robles, avellanos y abedules, acompañados casi siempre por alisos, sauces y olmos, a veces por tejos y acebos, conti-

núan dominando los paisajes del valle del Sella. No obstante, es en estos momentos, alrededor de mediados del V milenio a.C. y, sobre todo, durante el IV, cuando empiezan a evidenciarse los primeros procesos de transformación del paisaje, vinculados a la introducción de la agricultura y la ganadería, especialmente en los lugares más próximos a la costa y en los valles interiores; no tanto en los lugares montañosos, los cuales, seguramente por su mayor rigurosidad climática, quedaron indemnes a la presión antrópica, salvo quizá alguna incidencia menor del pastoreo transmeridiano. En este sentido, a lo largo del valle del Sella y territorios vecinos, coexistieron, durante el Neolítico, lugares en donde las comunidades humanas adoptaron rápidamente prácticas productivas como el cultivo de cereales y la ganadería, caso de Monte Areo (Carreño) (López Merino et al. 2010), con otros en donde el aprovechamiento de los recursos silvestres parece la tónica general, caso de los yacimientos de Los Canes (Cabrales) o Mazaculos (Ribadedeva).

El Calcolítico y la Edad del Bronce, aunque poco documentados en la zona, son periodos cronológicos en los que, si bien no de manera acusada, se asiste a una cierta matorralización del paisaje, pues, los brezales y los tojales cobran mayor importancia en detrimento de las formaciones boscosas caducifolias, que siguen siendo muy abundantes. Esto respondería a una presión humana creciente sobre el paisaje, probablemente apoyada en un incremento demográfico. Las actividades agrícolas y ganaderas cobrarían cada vez mayor importancia en las zonas de costa, y no tanto en las zonas interiores y de montaña. Aun así, los bosques de la cuenca del Sella siguieron siendo los mejores exponentes del paisaje, toda vez que el impacto antrópico no les afectó en demasía y sus ecosistemas muestran un estado de conservación elevado.

Finalmente, durante la Edad del Hierro se atestigua un impacto antrópico sobre el paisaje del valle del Sella mucho más alto que en los periodos anteriores. La presencia constante de polen de cereal es un claro indicativo de la instalación de cultivos permanentes en la zona. La transformación del paisaje por parte de las sociedades de la Edad de Hierro se hace patente, también, por la intensificación de las actividades ganaderas y por el desarrollo de la metalurgia, que en conjunto provocaron un cambio cuantitativo y cualitativo progresivo en la composición de los

bosques. Los robledales empiezan a disminuir sensiblemente, aumentan exponencialmente las formaciones arbustivas y matorrales asociados a las etapas degradativas de los bosques caducifolios, se extienden prados y herbazales de origen antrópico, se dedican amplios espacios a la agricultura, etc. En paralelo, en estos momentos también se evidencia la expansión del haya, especie que hoy domina muchos de los bosques del valle del Sella (hayedos), pero cuyo desarrollo debe entenderse como resultado de las actividades humanas de aclareo de los robledales, donde el haya, gracias a su carácter heliófilo, habría progresado rápidamente.

## **2. Los últimos cazadores y recolectores: el Mesolítico**

### **2.1. Un tiempo nuevo**

El Mesolítico, la etapa intermedia entre el Paleolítico y el Neolítico, corresponde a las últimas fases de los grupos de cazadores-recolectores en la mayor parte del continente europeo. La etapa previa, denominada Aziliense, constituyó un epígono del Paleolítico superior claramente entroncada con el mundo magdalenienense en aspectos como el patrón de poblamiento, la economía o los utilajes (Fernández-Tresguerres 2004). De hecho, es común el empleo del término “Epipaleolítico” (en referencia a lo que está por encima del Paleolítico y en evidente conexión con éste) para aludir a la etapa aziliense. No obstante este período ya mostró enérgicos síntomas de cambio; la transformación de la expresión gráfica, que incluyó la desaparición del gran arte rupestre paleolítico, es uno de los más significativos.

El Mesolítico supuso un paso más, ya definitivo, en esa dirección. Fueron poblaciones que conocieron unas condiciones ambientales similares a las nuestras. Su tecnología no fue tan espectacular como la de los cazadores del Paleolítico pero sí muy eficaz; de hecho, es ahora cuando aparecen armas tan innovadoras como el arco, en sintonía con la producción de un utilaje de piedra de muy pequeña talla y de forma geométrica (los llamados “microlitos geométricos”) que formó parte de las flechas propulsadas con los nuevos ingenios. La economía se caracterizó por el aprovechamiento de un amplio elenco de recursos (con presencia significativa



**Figura 1.** Cueva del Cuetu la Hoz (Collera, Ribadesella).

de los marinos), circunstancia favorecida por la mejora climática del Holoceno. En determinadas regiones de Europa, como Bretaña o el sur de Escandinavia, la sobresaliente adaptación al medio de las poblaciones del Mesolítico favoreció incluso la emergencia de unos cazadores-recolectores distintos a los conocidos hasta entonces, que llamamos “complejos” y que muestran claros signos de sedentarización (acompañada además de extensos cementerios), de desigualdad social y de violencia, entre otros rasgos culturales innovadores (Arias 1997).

## 2.2. El Asturiense

La investigación sobre el Mesolítico ha resultado desigual a lo largo del norte de España. Asturias, y en particular la zona oriental, es un espacio privilegiado, dado que desde principios del siglo XX se han desarrollado investigaciones centradas en el estudio de una de las culturas clásicas del Mesolítico europeo: el Asturiense (Fano 2004, 2018). Así la denominó Hugo Obermaier, uno de los prehistoriadores europeos más influyentes de la primera parte del siglo pasado,

precisamente por ser en Asturias donde se documentó por primera vez la nueva cultura. No obstante, fue Ricardo de Estrada y Martínez de Morentín, VIII Conde de la Vega del Sella, quien definió con precisión la cronología y los rasgos culturales esenciales de los grupos asturianos (Vega del Sella 1923). Según sus observaciones, el Asturiense abarcaba el tramo costero comprendido entre las poblaciones de Ribadesella y Santander, y correspondía a la etapa inmediatamente posterior al Paleolítico (Aziliense incluido). Desde los tiempos del Conde, la investigación se ha centrado esencialmente en la costa oriental de Asturias, que constituye el área clásica de dispersión de este complejo arqueológico. La densidad de yacimientos en esta zona es una de las más altas de Europa: en solo 50 km de costa se han catalogado en torno a 130 yacimientos. En cambio, en el occidente de Cantabria apenas se han llevado a cabo trabajos de campo, a pesar de que la concentración de yacimientos es también muy importante.

Los sitios arqueológicos asturianos se caracterizan por la existencia de concheros conservados en cuevas y abrigos [Figura 1]. Determinados

procesos geológicos han condicionado que restos más o menos importantes y generalmente cementados (muy endurecidos) de los depósitos originales hayan quedado adheridos a las paredes y techos de las cavidades. Afortunadamente, también se conservan algunos concheros “suelos”, no endurecidos, que han posibilitado trabajos de excavación convencionales. Hablamos de concheros porque se trata de depósitos producto de la actividad humana caracterizados a primera vista por la notable presencia de conchas de moluscos marinos, sobre todo de lapas, de bigaros y de mejillones. Pero cuando estos yacimientos se estudian con más detalle vemos que la realidad arqueológica es más compleja, dado que también encontramos herramientas de piedra, restos de otros animales y de frutos silvestres que también formaron parte de la dieta de aquellas poblaciones, hogares para cocinar y calentarse, conchas para adornarse y en ocasiones incluso tumbas. Al oeste de Ribadesella, en Villaviciosa, en Gijón, en la zona del cabo Peñas, también conocemos yacimientos asturianos, pero solo se conservan utensilios de piedra en superficie, los llamativos “picos asturianos” a los que haremos referencia después. Lo comentado probablemente se deba a la escasez de cuevas, sobre todo en la costa occidental del Principado, circunstancia que no ha favorecido la conservación de los depósitos asturianos típicos.

### 2.3. El Asturiense en el valle del Sella

El valle del Sella se localiza en la zona clásica de dispersión del Asturiense. Los yacimientos clave para su estudio y que han aportado más información, como Mazaculos II, La Riera, El Mazo, o El Alloru, entre otros, se localizan en otras zonas del oriente de Asturias, principalmente en el concejo de Llanes (González Morales 1982; Straus y Clark 1986; Gutiérrez-Zugasti et al., 2014; Arias et al., 2016). Pero en la parte baja del valle que nos ocupa y en su entorno próximo conocemos un buen número de concheros, de entidad variable, caracterizados por los rasgos señalados. En buena parte de ellos, como los conservados en las cuevas del Cuetu, de Ceñil, de La Boquera, del Tenis, de San Antonio y de La Presa, entre otras, no se han llevado a cabo intervenciones arqueológicas.

La cueva de La Presa nos sirve como ejemplo de lo que habitualmente encontramos en las ca-

vidades que albergan concheros asturianos en la cuenca baja del Sella. El sitio se localiza aguas arriba del arroyo de Llovio, a menos de 2 km de punto en el que éste desemboca en el río Sella a la altura de la localidad de Llovio. La boca de la cueva tiene una anchura de algo más de 7 m y unos 3 m de altura máxima. A partir de los 2 m de profundidad el vestíbulo se encuentra obstruido por un gran bloque, de manera que el acceso hacia el interior sólo es posible a partir de dos pasillos laterales. En el de la derecha, a la altura del suelo y en distintos puntos se conservan restos cementados del conchero original, en el que se identifican claramente lapas, bigaros y mejillones, y en menor medida otros invertebrados marinos.

En Les Pedroses y en La Lloseta la investigación sobre los depósitos asturianos se centró en la toma de muestras para la obtención de fechas, al margen de las observaciones del Prof. F. Jordá en el segundo sitio con motivo de su revisión de la cronología del Asturiense en los años cincuenta del siglo pasado (Fano 1998). Entre las novedades de los últimos años cabe mencionar la datación del conchero de Cuetu La Hoz (Fano 2004) [Figura 1]; el hallazgo de un contexto sepulcral mesolítico en Tito Bustillo al que después haremos referencia (Arias 2012); y los nuevos datos de El Cierro, producto de los trabajos recientes de Esteban Álvarez y su equipo (Álvarez et al. 2018) en el yacimiento, que han confirmado la existencia de ocupaciones asturianas en el sitio.

### 2.4. Cronología y patrón de poblamiento

El tiempo de los cazadores del Mesolítico en el valle del Sella y por extensión en el resto del área de dispersión del Asturiense corresponde al período 8.000-5.000 a.C. Más allá del año 5.000 a.C., aproximadamente, comienzan a documentarse en el Cantábrico oriental (este de Cantabria, País Vasco) novedades que anuncian un tiempo de cambio, pero en la región que nos ocupa las novedades neolíticas no comienzan a manifestarse hasta mediados del V milenio a.C., coincidiendo con el inicio del fenómeno megalítico (cf. *infra*).

El patrón de poblamiento descrito en el valle del Sella es el característico del Asturiense. De hecho, en el conjunto del Cantábrico el poblamiento de la costa parece potenciarse durante el Mesolítico. En el caso del oriente de Asturias no hay duda, pero eso no significa que el interior

del territorio se abandone de un modo absoluto. Sitios como las cuevas de Los Canes y de Arangas, localizadas en el concejo de Cabrales en la vertiente meridional de la Sierra de Cuera, dan buena cuenta de ello. Lo mismo ocurre al sur del valle del Sella, al otro lado de la divisoria de aguas cantábrica, donde conocemos ocupaciones de alta montaña de época mesolítica, en yacimientos como La Uña y El Espertín (León). Los yacimientos de Cabrales y de León no muestran los rasgos culturales característicos del Asturiense, pero fueron contemporáneos de los yacimientos de la costa y se han hallado materiales que revelan la relación del poblamiento interior con el medio litoral.

Al tiempo, sabemos que el ascenso del nivel del mar producto del calentamiento global que culminó en el Holoceno (*vid. supra*), afectó a parte de los espacios litorales que en su día fueron ocupados por las poblaciones del Mesolítico. No existen estudios de detalle, pero sabemos que lugares que hoy se sitúan en las proximidades de la línea de costa, como Tito Bustillo, se encontraban más alejados del mar en aquellos tiempos. De hecho, la inundación durante las pleamareas de cavidades que conservan concheros revela que estos depósitos se formaron cuando el nivel del mar se situaba a cotas más bajas. En todo caso, el fenómeno descrito afectó más a las ocupaciones litorales del Paleolítico superior, dado que entonces el nivel del mar se localizaba a cotas bastante más bajas y la pérdida de territorios (y de yacimientos) de esa época ha sido mucho más importante.

## 2.5. La economía de los últimos cazadores

Las prácticas económicas documentadas en los sitios asturienses son las propias de sociedades de cazadores-recolectores. La investigación al respecto ha comprobado la práctica de la recolección, de la caza y de la pesca.

La actividad recolectora mejor documentada es el marisqueo, cuyas evidencias están bien presentes en los yacimientos localizados en el curso bajo del Sella. La recolección del marisco se llevó a cabo, esencialmente, en zonas de costa abierta y sustrato rocoso, lo que determinó una recolección centrada en especies propias de esos espacios, con predominio neto de las lapas (distintas especies del género *Patella*) y de unos bígargos científicamente conocidos como *Phorcus*

*lineatus*. De manera más puntual, los espacios intermareales también proporcionaron a la dieta asturiense erizos de mar y algunas especies de crustáceos, como los percebes. Datos arqueológicos recientes del bajo Sella, como los procedentes del muestreo de Cuetu La Hoz o los que comienzan a conocerse en El Cierro, constituyen ejemplos de lo comentado. Otro tipo de recolección, la de frutos silvestres, resulta más difícil de documentar, pero ya disponemos de información sobre el consumo de este tipo de productos, entre los que destaca la avellana. Aunque aparecen de manera discreta en los concheros, es probable que alguna especie de caracol terrestre fuese también recolectada como alimento.

La carne de ungulados, en especial la de ciervo, constituyó una parte importante de la dieta de los grupos asturienses. Restos de especies bien adaptadas al medio boscoso del Holoceno, como el corzo y el jabalí, están presentes con frecuencia en los yacimientos. De un modo más puntual aparecen animales rupícolas, como la cabra montés, más propios de ambientes de montaña. Es probable que las aves fuesen también cazadas; se han documentado restos en algunos concheros pero de momento apenas se dispone de información al respecto.

Los concheros son lugares poco propicios para la conservación de materiales frágiles como los restos de pescado, sobre todo si los depósitos están muy endurecidos. Por esta razón la muestra de restos de peces de la que disponemos está seguramente sesgada y no refleja la importancia que debió tener la actividad pesquera, de la que nos dan testimonio los estudios bioquímicos sobre restos humanos asturienses, que muestran una dieta en la que en torno a la mitad de las proteínas procedían del mar. No obstante, los restos recuperados revelan el traslado íntegro del pescado hasta los asentamientos y también la explotación de ambientes acuáticos diversos, tanto marinos como fluviales. Se han hallado restos de sardina, de chicharro, de lubina y de trucha, entre otras especies.

## 2.6. La tecnología de las gentes del Mesolítico

Lo habitual es encontrar poco utillaje en los concheros asturienses, con predominio del llamado “utillaje pesado”, es decir picos asturienses y cantos tallados. Los picos, como el hallado recientemente en El Cierro [Figura 2], son útiles en



Figura 2. Pico asturiense de la cueva de El Cierro (Fresnu, Ribadesella) (foto: E. Álvarez-Fernández).

cierto modo estandarizados. Sus dimensiones absolutas y sus proporciones muestran la existencia de un módulo original para la elaboración de este tipo de instrumentos. El objetivo del tallador fue definir una punta robusta de sección triangular en uno de los extremos del canto de cuarcita utilizado como materia prima. Para la elaboración del utillaje de piedra los artesanos asturienses emplearon en general rocas disponibles en el entorno próximo; además de la cuarcita se tallaron radiolaritas, cuarzos, calizas, argilitas y distintas variedades de sílex.

Recientemente hemos comprobado que también hay concheros en los que están presentes útiles clásicos del Mesolítico europeo, como los microlitos geométricos a los que hicimos referencia con anterioridad, probablemente empleados como elementos de proyectil. Este tipo de uso se ha verificado científicamente, a través de un estudio traceológico, en el caso de los geométricos hallados en el yacimiento de la cueva de Los Canes. En el caso de los picos, se han planteado distintas hipótesis sobre su función. Un estudio traceológico reciente aboga por su uso como “pico marisquero”, es decir, para recolectar los moluscos de roca de la costa asturiana. Pero quedan incógnitas por despejar, como

la común presencia de picos rotos en yacimientos no inmediatos al litoral.

A diferencia de lo que ocurre en otros contextos mesolíticos de Europa (Arias 1997), donde se han hallado distintos instrumentos (como trampas) para la captura del pescado e incluso embarcaciones y remos, en el caso del Asturiense apenas disponemos de información relativa a la tecnología pesquera. Únicamente conocemos unas piezas óseas biapuntadas que desde los inicios de la investigación se han interpretado como anzuelos. Seguramente, la captura de especies como la sardina requirió el empleo de redes, pero carecemos de evidencias materiales. No obstante, trabajos recientes han mostrado que los grupos asturienses emplearon conchas como instrumentos de trabajo, en especial para la manufactura de elementos de origen vegetal, probablemente redes y cuerdas. También pudieron emplearse nasas y empalizadas elaboradas en materia vegetal. De hecho, así se ha explicado el hallazgo de peces de muy pequeña talla (sin interés alimenticio) hallados en otros contextos del Mesolítico del norte de España. Probablemente se trató de descartes pesqueros, es decir, de peces muy pequeños capturados junto a otros de mayor talla gracias al empleo de artes de pesca.

## 2.7. Los lugares de hábitat

El gran interrogante que nos plantean los yacimientos asturianos, como los localizados en el curso bajo del Sella, es el del significado de los concheros: ¿fueron lugares de hábitat o bien debemos interpretarlos como meros basureros producto de actividades llevadas a cabo en campamentos cercanos? No es una pregunta fácil, lo que ha provocado distintas respuestas desde los tiempos del Conde de la Vega del Sella. Lo que no está en duda es que el traslado de diversos productos (marisco sin procesar, carcasas de animales cazados, peces, frutos silvestres, materia prima para la elaboración de adornos, etc.) hasta los yacimientos revela la existencia de zonas de hábitat concretas relacionadas de algún modo con las cavidades.

Afortunadamente, la investigación de los últimos años ha posibilitado un avance significativo al respecto, o al menos comenzamos a tener ya una cierta base para articular una respuesta razonable a la pregunta planteada. Los nuevos datos proceden de yacimientos excavados en los concejos de Llanes y Ribadedeva, pero son extrapolables a la realidad del valle del Sella. La evidencia arqueológica muestra que en ocasiones la formación de los concheros fue producto de la propia ocupación de las cuevas; en el seno de los depósitos se han hallado restos de estructuras, como hogares y agujeros de poste (para levantar paravientos, tiendas, etc.), comunes en las zonas de hábitat de las sociedades de cazadores recolectores. En otros casos los depósitos parecen responder a simples acumulaciones de desperdicios. Al tiempo, también sabemos que existieron áreas de ocupación al aire libre, próximas a las cavidades y seguramente relacionadas con ellas. El reto actual de los investigadores es tratar de determinar cómo se articularon ambas realidades, es decir, la de los concheros cementados en paredes y techos de cavidades y la de los asentamientos próximos al aire libre.

## 2.8. La expresión simbólica de los grupos mesolíticos

Llama la atención el notable aumento de indicios funerarios durante esta etapa, sobre todo si situamos lo conocido para el Asturiense en su contexto cantábrico, donde se han hallado siete contextos sepulcrales seguros (Arias 2012). Dicho incremento está en sintonía con lo observado en

otros espacios de la península ibérica y del resto de Europa, aunque aquí no encontramos signos de “complejidad”. De hecho, en la región cantábrica no se han hallado auténticos cementerios y predominan los casos en los que el tratamiento funerario afecta a un solo individuo.

Cuatro de los contextos sepulcrales mencionados se localizan en el oriente de Asturias; dos de ellos se ubican en el área de dispersión del Asturiense: Molino de Gasparín y Tito Bustillo. En el primer caso se abrió una tumba en el seno de un conchero para inhumar al difunto, y en el segundo un grupo que habitaba en el bajo Sella se limitó a depositar a un finado directamente en el suelo, en un lugar apartado de la cueva de Tito Bustillo. Al otro lado de la divisoria de aguas, no muy lejos de las cuevas de La Uña y El Espertín antes mencionadas, se localiza otro contexto funerario (La Braña-Arintero) que muestra un tratamiento funerario (de dos difuntos en este caso) similar al de Tito Bustillo. De nuevo, los cadáveres no contaron con cubrición alguna y al igual que en el yacimiento del Sella junto a los individuos de La Braña-Arintero apareció colorante rojo. Los otros dos contextos funerarios del oriente de Asturias, Los Canes y La Paré de Nogales, se localizan al sur de las sierras litorales, no lejos, pero en un entorno bien distinto al de la plataforma costera. Los Canes es el lugar más complejo, al mostrar un uso reiterado del espacio sepulcral para inhumar distintos difuntos en tumbas bien delimitadas.

En otros concheros asturianos se han hallado bastantes restos humanos sin conexión anatómica, es decir claramente desarticulados, y sin evidencias de la existencia de tumbas. En algunos casos interpretamos esos hallazgos como restos de estructuras funerarias desmanteladas por procesos erosivos. Ya indicamos con anterioridad que, en general, lo que hoy encontramos en las cavidades es una pequeña parte de los concheros originales. Dado que la inhumación de cadáveres en el seno de depósitos ricos en conchas parece haber sido una práctica relativamente común en el norte de España (véase el caso de Molino de Gasparín ya mencionado), parece razonable suponer que en ocasiones la erosión de los concheros pudo determinar la desaparición total o parcial de tumbas asturianas.

Las demás evidencias arqueológicas vinculadas a un probable comportamiento simbólico resultan muy escasas. Apenas conocemos mani-

festaciones propiamente artísticas, salvo contadas piezas, como algún canto rodado de cuarcita con manchas de colorante rojo y alguna plaqueta pintada con el mismo tipo de colorante. No obstante, en los últimos años ha aumentado de un modo significativo el número de adornos personales hallados en concheros. Los grupos asturienes recolectaron y usaron como materia prima para la elaboración de adornos conchas de distintas especies de moluscos marinos recogidas en las playas del litoral, en particular las conocidas como *Trivia* sp., *Littorina obtusata* y *Tritia reticulata*. De manera más puntual también utilizaron caninos atrofiados de ciervo con el mismo propósito.

### 3. Las primeras sociedades campesinas: El Neolítico

#### 3.1. La introducción de la agricultura y la ganadería en el continente europeo: apuntes sobre su origen

Las complejas economías industriales y post-industriales son herederas de la civilización agraria que comienza en Europa con la expansión de las prácticas agrícolas durante el Neolítico. La introducción de la agricultura y la ganadería constituye uno de los hitos más trascendentes y con mayores repercusiones de la Historia de la Humanidad. Supuso que los grupos humanos dejaron de ser cazadores y recolectores para convertirse en agricultores y ganaderos y así generar artificialmente nuevos recursos. Este importante cambio en la base de subsistencia de las comunidades humanas conllevó igualmente otras modificaciones en lo referente a su organización social y del trabajo, selección de los emplazamientos para el hábitat, mundo funerario y simbólico.

En la actualidad, siglo y medio después de que se publicara la primera definición de Neolítico (Lubbock 1865), se ha demostrado que tiene un claro origen extraeuropeo. La genética de las primeras poblaciones neolíticas, así como la evidencia proporcionada por los estudios de los animales y plantas domésticos, concuerdan en que el origen del Neolítico europeo se vincula al Próximo Oriente, donde se domesticaron en torno al 8.500 a. C. varias especies de cereales (trigo y cebada), y leguminosas (lentejas, garbanzos,

guisantes, habas) y cuatro especies de animales (la oveja, la cabra, la vaca y el cerdo).

La introducción de estas innovaciones en el continente europeo sigue diferentes trayectorias en las distintas áreas geográficas. De esta manera, se pueden observar territorios en los que este proceso está claramente relacionado con la migración de grupos campesinos procedentes de Próximo Oriente, como algunas zonas del Mediterráneo, mientras que en otras áreas el papel de las poblaciones previas de cazadores-recolectores fue especialmente importante, como ocurre en el caso del norte de Europa. Su introducción y consolidación en el continente es, por tanto, un fenómeno muy complejo que da lugar a un mosaico de “transiciones” entre los últimos grupos de cazadores-recolectores y las primeras comunidades neolíticas.

#### 3.2. Las primeras evidencias del Neolítico en el valle del Sella

La introducción del Neolítico en la península ibérica se produce en torno al 5.650 a.C. En este marco, las primeras evidencias de especies domésticas en la región cantábrica aparecen al menos seis siglos después, en torno al 5.000 a.C., si bien son difíciles de rastrear en el registro arqueológico. La neolitización de la región cantábrica se vincula generalmente con la expansión del Neolítico a través del valle del Ebro (Arias 2007; Cubas et al. 2016), aunque también se han propuesto otras zonas de influencia (Zapata et al. 2007). La región cantábrica y, por tanto, Asturias presenta una serie de características similares al resto de la fachada atlántica europea. En primer lugar, la expansión del Neolítico en el extremo oeste del continente es un fenómeno retardatario comparado con su expansión en el Mediterráneo. En segundo lugar, a lo largo de toda la fachada atlántica europea se observa, en los momentos previos a la introducción de la agricultura y la ganadería, un importante sustrato poblacional mesolítico que refleja una gran vinculación con la exploración de los recursos marinos, como se ha visto anteriormente. Estas características hacen que la región presente una dinámica de neolitización marcadamente diferente al resto de la península ibérica.

Las primeras evidencias de agricultura y ganadería datan en torno a 5.000 a.C. en el Cantábrico oriental, sin embargo, ello no implica un com-

pleto abandono de las prácticas de subsistencia anteriores, la caza y la recolección. En los primeros momentos, la agricultura y la ganadería aparecen documentadas en el Cantábrico de forma modesta, conviviendo, en la mayor parte de los yacimientos, con actividades predatorias. En Cantabria, Vizcaya y Guipúzcoa, la presencia de animales domésticos y cereales está bien documentada en estas cronologías. Esta primera agricultura se caracteriza por la introducción simultánea de distintas variedades de trigo y cebada. Por su parte, la cabaña ganadera estaba formada por ovejas, cabras y ganado vacuno y porcino. Junto a ellos, se mantienen las evidencias de caza, la recolección de frutos silvestres, e incluso, la explotación de los recursos marinos.

La mayor parte de los sitios conocidos para estas cronologías se localizan en cuevas, lo que supone que una parte importante del registro arqueológico, los yacimientos al aire libre, son prácticamente desconocidos. En el registro asturiano, los primeros momentos de la introducción de la ganadería y la agricultura no están bien representados. El único contexto bien datado en los albores del V milenio a.C. es un nivel arqueológico procedente de la cercana cueva de Los Canes (Arangas, Cabrales) donde se han documentado las cerámicas más antiguas conocidas hasta la fecha en Asturias. A pesar de que tradicionalmente la introducción de la tecnología cerámica se ha relacionado con la expansión de la agricultura y la ganadería, en la cueva cabraliega se asocia a un conjunto de restos de fauna salvaje, donde los animales domésticos no están representados y no hay indicios de agricultura. La inexistencia de recursos domésticos en el yacimiento puede deberse bien a distintas dinámicas de transmisión de ambos fenómenos (agricultura y ganadería por un lado y tecnología cerámica por otro) tal y como se documenta en otras partes de Europa, o bien, a una funcionalidad específica del yacimiento como cazadero. Dada la ausencia de registro arqueológico en el resto de Asturias, con la información disponible es imposible escoger entre ambas propuestas explicativas.

En el valle del Sella, las primeras fases del Neolítico cantábrico están escasamente documentadas, al igual que en resto del territorio asturiano. Una datación obtenida del conchero de Les Pedroses (Clark 1976) sitúa en esta cronología, transición al V milenio a.C., la formación de una parte del conchero. De esta misma cavi-

dad procede un conjunto cerámico conservado en el Museo Arqueológico de Asturias cuya procedencia estratigráfica es dudosa. Está formado por 217 fragmentos que no permiten reconstruir morfologías completas. Entre ellos destacan algunos fragmentos decorados mediante cordones horizontales con impresiones de dedos (digitaciones) o uñas (ungulaciones). También se han identificado algunos fragmentos de galbo en los que se observa la aplicación de barro plástico con la impresión de dedadas. Estas características morfológicas y decorativas presentan claros paralelos con otros conjuntos del cantábrico adscritos a finales del Calcolítico o la Edad del Bronce (Cubas et al. 2013).

### 3.3. El megalitismo y la consolidación de las prácticas agropecuarias

Las evidencias neolíticas comienzan a ser más abundantes en Asturias y en la región cantábrica a partir de finales del V milenio a.C., cuando se inicia la construcción de estructuras megalíticas. Son éstas edificaciones monumentales, que frecuentemente incluyen cámaras de planta poligonal o rectangular formadas por lajas de piedra de gran tamaño. En su mayor parte, dichas cámaras son sepulturas colectivas, expresión de un nuevo tipo de ritual funerario y de profundos cambios simbólicos e ideológicos. Su aparición constituye uno de los principales criterios a la hora de diferenciar entre distintas fases dentro del Neolítico, en el que se puede distinguir una etapa anterior a la expansión del megalitismo, en la que la agricultura ya está claramente documentada (Los Gitanos, El Mirón, Lumentxa), y otra coetánea de este fenómeno. El registro de la cueva de Arangas (Arias et al. 2013) o el análisis polínico de Monte Areo (López-Merino et al. 2010), cerca de Gijón, son claras evidencias de la presencia de las prácticas agrícolas en el territorio asturiano.

Las estructuras megalíticas se expandieron por buena parte del continente europeo durante la segunda mitad del V milenio a.C., si bien es en el IV cuando alcanzan su apogeo. Su uso se prolonga a lo largo del III y en algún caso llega incluso al II milenio a.C. Su presencia se observa en todo el territorio asturiano y en prácticamente toda la región cantábrica, donde se han catalogado aproximadamente 1300 estructuras de este tipo. Sin embargo, su distribución



**Figura 3.** Ortostato de cabecera del dolmen de la capilla de Santa Cruz (Cangas de Onís). Obsérvense los motivos geométricos pintados y piqueteados.

no es homogénea en toda la región. En general, estas estructuras aparecen agrupadas formando “necrópolis megalíticas” con un número variable de monumentos. En las cámaras, generalmente construidas con grandes lajas de piedra, predomina la morfología rectangular o poligonal, con unos 2 m<sup>2</sup> de superficie. Los túmulos que las cubren están compuestos de piedras o tierra, o en ocasiones alternancia de ambos tipos de materiales.

En el valle del Sella, se localiza uno de los conjuntos más monumentales de este fenómeno en territorio asturiano, el formado por los dólmenes de Santa Cruz, Abamia y Mian, aunque por desgracia la información de la que se dispone acerca de ellos es muy fragmentaria.

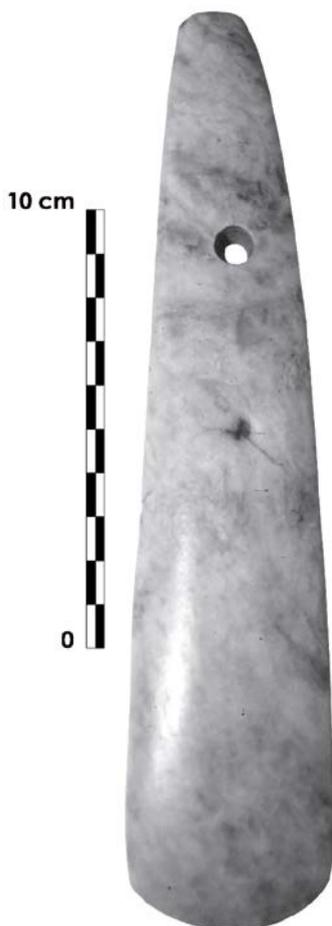
El dolmen de la capilla de Santa Cruz (Cangas de Onís) (Vega del Sella 1919; de Blas 1979; Shee-Twohig 1981) constituye uno de los monumentos más destacados del megalitismo cantábrico. Se sitúa en plena ciudad de Cangas de Onís, bajo la iglesia de Santa Cruz, ocupando un inusual emplazamiento en el fondo del valle, en la confluencia del Güeña y el Sella. La estructura megalítica presenta una planta rectangular (2,5

x 6 m), formada por siete grandes ortostatos, y orientación ESE. Originariamente, esta estructura de piedra debió de estar cubierta con lajas que no se conservan en la actualidad. La cámara funeraria estaba cubierta por un gran túmulo, de forma elíptica, realizado a partir de cantos de río, hoy desaparecido (al igual que la capilla original fundada en el año 737 por el rey Favila, fue bárbaramente destruido durante la Guerra Civil y posteriormente reconstruido con una forma distinta de la original). Poco se ha conservado del contenido de la cámara: únicamente dos hachas pulimentadas, un fragmento de cuchillo de sílex y una posible hacha de cobre de adscripción dudosa (Jordá Cerdá 1962). El aspecto más destacable de esta estructura megalítica es la decoración que presentan sus ortostatos, que hacen de Santa Cruz el más importante ejemplo de arte megalítico en la región cantábrica. La integran motivos geométricos, no figurativos, tanto pintados como piqueteados, dispuestos en horizontal y vertical. El conjunto decorativo más interesante se encuentra en la losa de cabecera con un patrón constituido por triángulos y líneas verticales en zig-zag, en los que se combina el grabado y la pintura roja. Líneas rojas similares están presentes en otras dos lajas, mientras que una cuarta presenta motivos grabados no figurativos [Figura 3].

Junto al de Santa Cruz, el dolmen de Abamia (Corao, Cangas de Onís) constituye otro buen ejemplo del fenómeno megalítico en el valle del Sella. Actualmente, únicamente se conserva una laja (posiblemente una losa de la cubierta), en el Museo Arqueológico Nacional, en Madrid, en la que se observan motivos geométricos difíciles de interpretar.

Por último, también se tiene referencia de una tercera estructura megalítica, el desaparecido dolmen de Mian (Amieva) del que prácticamente no se tiene ninguna información más allá de la procedencia de este monumento de dos hachas pulimentadas, una de ellas de grandes dimensiones (22,5 cm de longitud).

A estas evidencias en la zona baja del valle del Sella, se deben añadir abundantes estructuras tumulares documentadas en el entorno de los Picos de Europa (Arias et al. 1995) y los cordales que limitan los dos grandes afluentes del río, el Güeña y el Piloña. Un ejemplo bien documentado de estos monumentos de montaña lo proporcionan los conjuntos de Demué, s



**Figura 4.** Hacha pulimentada perforada del dolmen de la capilla de Santa Cruz (Cangas de Onís).

Llaguiellu o la Vega las Mantegas, en Onís, o el de la majada de Vegabaño, en Soto de Sajambre (Oseja de Sajambre, León). La excavación de uno de los túmulos de este último conjunto, situado en la cabecera del valle del Sella, a una altitud de unos 1.300 m, reveló una estructura tumular de 5,7 metros de diámetro formada por arenas y bloques y con un recubrimiento exterior de piedras procedentes de las formaciones morrénicas cercanas (Arias y Teira 1997). La estructura reflejaba una gran alteración debido a la actividad de excavadores clandestinos, por lo que no se pudo determinar la existencia de cámara funeraria en el interior. No obstante, en el túmulo se recuperaron varios objetos en sílex y cuarcita, entre los que cabe destacar una punta de flecha romboidal [Figura 5] que demuestra la utilización de esta estructura durante el III milenio a.C.

El ritual practicado en las estructuras megalíticas debió de incluir el depósito, junto a los cuerpos, de distintos tipos de ofrenda funeraria. En general, los materiales que aparecen en las estructuras megalíticas son muy escasos. Estos se reducen a algunas piezas de industria lítica, tanto tallada como pulimentada, fragmentos de cerámica, que suelen ser muy escasos, y elementos de adorno, fundamentalmente colgantes o cuentas de collar. Distintas hachas de piedra pulimentadas de contexto desconocido procedentes de diversas zonas de la cuenca del Sella podrían relacionarse con estructuras megalíticas (Jordá Cerdá 1962). Entre ellas hay que destacar el hacha pulimentada y perforada del dolmen de Santa Cruz [Figura 4]. Este tipo de hacha presenta grandes similitudes con las documentadas en Vilalba (Lugo), Monte da Assunção (Santo



Tirso, Portugal) y Óbidos (Leiria, Portugal) junto a las que integra el denominado tipo Cangas, probablemente una versión local de las espectaculares hachas de jadeíta procedente de los Alpes italianos que se extienden en esta época por toda Europa, en parti-

**Figura 5.** Punta de flecha de retoque plano del monumento megalítico de Vegabaño (Soto de Sajambre, Oseja de Sajambre) (foto: L. Teira).

cular por el sur de la región francesa de Bretaña (Pétrequin et al. 2012, 2017). No obstante, la propia hacha de Santa Cruz es claramente un objeto importado, pues la roca en la que está fabricada (silimanita) no existe en el Cantábrico y ha de venir de algún lugar situado a cientos de kilómetros de Cangas (las fuentes más cercanas están en Galicia y en el Sistema Central). En cualquier caso, este hecho refuerza la vinculación del fenómeno megalítico asturiano a las dinámicas culturales acontecidas en el arco atlántico.

#### **4. Campesinos, mineros y guerreros. El Calcolítico y la Edad del Bronce**

##### **4.1. El nacimiento de las sociedades complejas**

A partir del IV milenio a.C., se documentan importantes avances en la agricultura, tanto de tipo tecnológico (invención del arado) como relativas a la organización de esta actividad (aparición de nuevos cultivos, como el viñedo o el olivar, regadío en las zonas áridas...). También en la ganadería se produjeron cambios de gran relevancia. Además de la incorporación de un nuevo e importante animal doméstico, el caballo, el ganado dejó de ser básicamente una fuente de alimentos, a través de la carne y la leche, y comenzó a aprovecharse su fuerza para el trabajo y algunos productos que, aparentemente, no se habían utilizado hasta ese momento, como la lana. Las relaciones sociales de producción y, en general, la organización social también experimentaron importantes transformaciones, que desembocaron en lo que se ha dado en denominar “complejidad social”. Este término se emplea para referirse, por un lado, a la división social del trabajo, con oficios o funciones especializadas (hertero, minero, sacerdote, guerrero) y, por otro, a la existencia de diferencias de riqueza o de rango social entre unos individuos y otros. La sociedad compleja se opone, fundamentalmente, a la llamada segmentaria, característica del Neolítico, en la que no existían jerarquías sociales importantes, y en la que la mayor parte de las personas desempeñaban actividades y funciones similares (al menos para cada sexo y grupo de edad).

La complejidad también se vincula al poder. En las sociedades de este tipo se encuentran huellas de la existencia de personajes con algún tipo de potestad política. Este es uno de los rasgos esenciales del tipo de organización social denomina-

do “jefatura”, en el que una figura central domina la actividad social y disfruta de privilegios, muchas veces plasmados en normas suntuarias que le brindan un aislamiento ritual, como tipos especiales de vestido, tocados (penachos de plumas, por ejemplo) o insignias de su rango. Es precisamente la aparición de objetos de este tipo, conocidos como “bienes de prestigio”, uno de los indicios arqueológicos más característicos de los cambios sociales. Las élites nacentes hacen ostentación de su poder y su riqueza a través de la posesión, y muy frecuentemente la exhibición, de objetos valiosos por su exotismo, su complejidad técnica o su belleza. Así, materias primas raras o de origen remoto, como el marfil, los huevos de avestruz o el ámbar, u objetos muy elaborados, como puñales o alabardas de sílex, se convierten en símbolos de este ascenso social de una minoría. Es probable, incluso, que en algunos casos, estos objetos que, sin duda, eran objetos de intercambio (probablemente en mayor medida a través del regalo ostentoso que del comercio tal como lo entendemos ahora), vieran enriquecido su valor a través de la propia sucesión de propietarios, que los acabaría dotando de una historia, una “biografía” que proyectaría el prestigio de sus reales o míticos poseedores sobre los propietarios.

##### **4.2. Cerámicas decoradas y cuevas sepulcrales en el valle del Sella**

Pero los instrumentos de la ostentación social pueden ser muy variados. No siempre son objetos; en ocasiones son realidades más elusivas para el arqueólogo, pero no menos presentes para el espectador de la época, como actos, hábitos, alimentos, bebidas... Un ejemplo de gran interés a este respecto lo proporciona el campaniforme, un tipo de cerámica ricamente decorada que se extiende por gran parte de Europa occidental en el III milenio a.C. Ciertamente, se trata de una producción alfarera de gran belleza, vasos de gran calidad técnica decorados con sumo esmero. Pero probablemente no fuera la vasija lo único importante, e incluso puede que no fuera lo más relevante. Los análisis bioquímicos realizados en los últimos años han mostrado que estos vasos frecuentemente contuvieron bebidas alcohólicas, como la cerveza o el hidromiel. Esto sugiere que el éxito de estas cerámicas podría haber dependido de su vinculación a un nuevo hábito social, al consumo de alcohol,

algo novedoso que pudo tener un significado simbólico complejo.

Como señalábamos más arriba, la cerámica campaniforme tiene un área de distribución muy amplia, y en la península ibérica es particularmente frecuente. Sin embargo, Asturias es una excepción (sólo se conocen unos pocos fragmentos recuperados en la sierra del Aramo-de Blas y Rodríguez del Cueto 2015). A este respecto, es sumamente interesante que en la misma época en la que el campaniforme se extiende por regiones vecinas, como Galicia o la Meseta, aparezcan en el valle del Sella otro tipo de cerámicas ricamente decoradas con motivos incisos e impresos, a las que se ha denominado cerámicas “tipo Trespando” por haber sido definidas a partir de un conjunto recuperado en la cueva de ese nombre, en Corao (Cangas de Onís) (Arias et al. 1986). Este estilo cerámico se extiende por gran parte del sector central del Cantábrico, con una distribución geográfica que es aproximadamente complementaria de la del campaniforme, del que es, prácticamente coetáneo, según sugieren las fechas obtenidas en la cueva de Arangas (Cabrales), donde es muy abundante en torno a 2.000 a.C. (Arias y Ontañón 1999).

La cueva de Trespando es, por otro lado, un ejemplo de un fenómeno que fue muy frecuente en los milenios III y II a.C., el empleo de las cavidades naturales como espacio sepulcral. Esta fue una práctica muy extendida en la mitad oriental del Cantábrico (aproximadamente al este de San Vicente de la Barquera), pero bastante más rara en Asturias. No obstante, en la parte oriental tenemos constancia de algunos casos, entre los que podemos mencionar las cuevas de El Bufón (Puertas de Vidiago, Llanes) y Los Canes (Arangas, Cabrales) y, en la propia cuenca del Sella, el mal documentado ejemplo de la cueva de Valle (Piloña) (de Blas 1983: 91). Por lo general, se escogían cuevas pequeñas o estrechas galerías o rincones de cavernas más grandes, en las que se depositaba el cadáver de diversos individuos, normalmente un número moderado (una o dos decenas, como máximo) (Armendariz 1990; Ontañón y Armendariz 2005-2006). En algún caso se ha constatado que la cavidad fue tapiada (como sucedió, por ejemplo, en La Garma C, en Ribamontán al Monte, Cantabria), creando una cámara sepulcral aislada. Esto es coherente con el hecho de que en la mayor parte de las ocasiones los cadáveres fueran simplemente depo-



**Figura 6.** Canto rodado con representación antropomorfa esquemática de la cueva del Cuélebre (Corao, Cangas de Onís) (Escortell 1982).

sitados en el suelo de la cueva, sin ningún tipo de excavación o acondicionamiento del espacio, convirtiendo la galería en una especie de cripta. No obstante, hay constancia de algún caso en el que los cadáveres o los restos ya descompuestos fueron enterrados en fosas (la citada cueva de La Garma C o el vecino yacimiento de La Garma A).

Es posible que también procedan de un contexto sepulcral los materiales de la cueva de El Cuélebre, también en Corao. Desgraciadamente, de la excavación practicada en el siglo XIX por Roberto Frassinelli no se conserva ningún informe (Vilanova y Rada 1890), por lo que el contexto de estos objetos es desconocido. El lote incluye una hacha pulimentada, varias piezas de cobre (un puñal de los llamados de lengüeta, un anillo y una lezna), así como un canto con motivos geométricos grabados que se suele conocer con el nombre de “ídolo del Cuélebre” (de Blas 1974) [Figura 6]. Este último probablemente

sea una representación esquematizada de la figura humana, un tipo de objeto que aparece con mucha frecuencia en contextos sepulcrales del Calcolítico de la península ibérica. También es habitual encontrar en sepulturas puñales y elementos de adorno, lo que hace pensar que estos materiales (o parte de ellos, porque no hay seguridad de que sean coetáneos) podrían formar parte de una ofrenda funeraria, pero no existe evidencia suficiente para afirmarlo.

### 4.3. Minería y metalurgia del cobre

Sin duda la manifestación más palpable de los cambios que mencionábamos más arriba es un avance tecnológico: el trabajo de los metales. Al igual que sucedió con la agricultura, la metalurgia se inventó de forma independiente en varios lugares y épocas. La investigación de los últimos años ha puesto de manifiesto que uno de esos focos se podría situar en la propia península ibérica. La información disponible apunta a que las sociedades neolíticas del SE de España desarrollaron autónomamente, en el IV milenio a.C., técnicas particulares para trabajar el cobre, que se extendieron por la mayor parte de la península ibérica en torno a 3.000 a.C.

Es probable que el peso de la metalurgia como factor de dinamización económica de las sociedades del Calcolítico (aproximadamente 3.000-2.200 a.C.) y la Edad del Bronce (2.200-725 a.C.), haya sido sobrevalorado por la tradición arqueológica. Ciertamente, la metalurgia contribuyó al desarrollo de la complejidad social, pues requiere la puesta en marcha de oficios especializados y de otras actividades, como la minería o los intercambios. Sin embargo, la escala a la que desarrolló esta actividad antes de finales de la Edad del Bronce fue bastante limitada. Por otro lado, los objetos metálicos raramente se usaron como herramientas para otras actividades productivas. En realidad, la metalurgia parece haber sido más una consecuencia del desarrollo socioeconómico que la causa de éste. Los objetos metálicos eran bienes valiosos y fácilmente atesorables que, en su propio proceso de producción y distribución, generaban una considerable riqueza, cuyo control podría haber favorecido el surgimiento de élites sociales. Por otra parte, la industria metálica de los milenios III y II a.C. se orientaba primordialmente a la producción de armas, adornos y, en general, objetos de lujo, que serían consu-

midos por esas mismas élites nacientes, ávidas de ostentar su riqueza, las cuales encontrarían en los objetos de cobre y oro un medio especialmente adecuado para la exhibición de su poder y su prosperidad.

Es fácil comprender que, en ese contexto social, los recursos minerales cobran una considerable importancia. Estos son bastante abundantes en el sector central de la cordillera Cantábrica. La Asturias central y oriental y el norte de León poseen numerosos yacimientos cupríferos que, si bien carecen de rentabilidad económica en la actualidad, eran suficientes para las necesidades de los primeros metalurgistas prehistóricos. Aunque se pueden mencionar indicios de labores antiguas en numerosas minas de la región, en particular en el entorno de los Picos de Europa, las evidencias de explotación durante la Prehistoria se concentran en tres lugares: la sierra del Aramo, en el centro de Asturias, la mina de La Profunda, en Cármenes (León) y la mina de El Milagro, en el concejo de Onís (de Blas 2007; de Blas y Suárez 2010). Estas tres zonas constituyen uno de los conjuntos más importantes de la minería calcolítica de Europa.

La mina de El Milagro se sitúa en el concejo de Onís, a unos 200 m por encima del fondo del valle del Güeña. Las labores prehistóricas, muy alteradas por la explotación de estas minas desde mediados del siglo XIX hasta los años 1950, consistieron en el vaciado de formas kársticas rellenas de arcillas ricas en mineral secundario de cobre, y en la apertura de galerías en las calizas y dolomías para el ataque de los filones de mineral [Figura 7]. Para ello se empleó el fuego, del que quedan huellas en la pared de las galerías, grandes percutores en cantos de cuarcita, así



Figura 7. Mina de El Milagro (Onís) (de Blas 2010).

como martillos, picos y escoplos de asta de ciervo. Estos han podido ser datados por radiocarbono ( $C^{14}$ ), demostrando la explotación de esta mina entre mediados del III milenio a.C. y mediados del II. Es importante destacar que, al igual que en las mejor documentadas minas de El Aramo, en Riosa, la del Milagro fue utilizada también como espacio sepulcral, un hecho constatado en muchas explotaciones mineras prehistóricas (por ejemplo, en las neolíticas de Gavà, en Barcelona) y que probablemente se pueda vincular a ritos de propiciación de las divinidades de la tierra, de cuyas entrañas se extraían los valiosos minerales.

Sabemos que el mineral se procesaba en las cercanías de las explotaciones mineras. De ello se han encontrado testimonios en el Aramo, y también en el propio oriente de Asturias, donde, en las excavaciones practicadas en la cueva de Arangas (Cabrales), se encontraron restos de un horno metalúrgico datado hacia el 2000 a.C. (Arias y Ontañón 1999).

El cobre de las minas asturleonenses literalmente inundó el norte peninsular, según muestran los análisis de isótopos de plomo sobre objetos metálicos que se han realizado en los últimos años (Huelga et al. 2014), pero llegó a lugares mucho más alejados, e incluso remotos, como Gran Bretaña o Suecia (Montero 2018). Esto plantea la interesante cuestión de cómo viajaba el metal: ¿en objetos ya elaborados o en forma de lingotes? La presencia de cobre asturiano en objetos de tipología extrapeninsular (como sucede en el caso sueco mencionado más arriba, el hacha de Bohuslän, corresponde a una variedad de producción local conocida como tipo Fårdrup) (Ling 2014) sugiere que al menos una parte del mineral se intercambiaba en forma de lingotes de metal. Pero contamos con una confirmación directa, proporcionada por un documento arqueológico excepcional: el depósito de Gamonéu, en Onís (de Blas 1980), de finales del III milenio a.C. Es éste un conjunto formado por una hacha

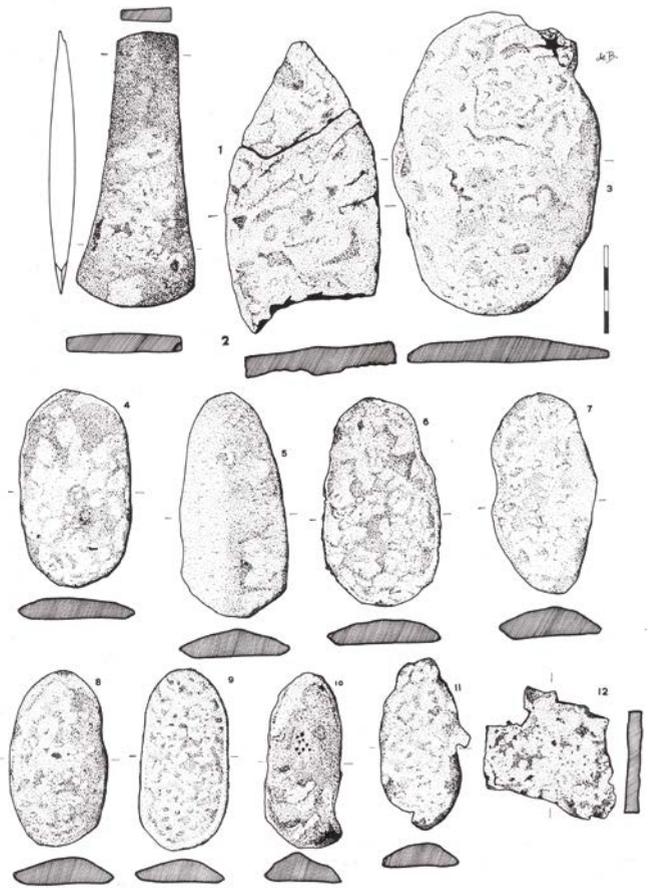


Figura 8. Depósito de Gamonéu (Onís) (de Blas 1983).

plana, diez lingotes y tres fragmentos informes [Figura 8], todos ellos en cobre arsenical (cobre con alto contenido en arsénico, frecuentemente empleado en el final del Calcolítico y los comienzos de la Edad del Bronce) que apareció enterrado en un hoyo de 1,90 m de profundidad cubierto por una laja de arenisca.

#### 4.4. Objetos de prestigio: depósitos y armas

El depósito de Gamonéu no es, de todas formas, un caso aislado, sino una manifestación temprana de un fenómeno de gran relevancia en la Prehistoria reciente europea, la aparición de conjuntos de objetos, frecuentemente metálicos, que han sido ocultados o depositados en lugares escondidos de forma deliberada. Es frecuente que estén compuestos en gran medida por objetos de considerable valor simbólico, como

hachas o armas (Bradley 1990). Además del de Gamonéu, en el oriente de Asturias se conocen otros dos de gran importancia, compuestos ambos por conjuntos de hachas planas de base cobre, el de Asiegu (que da nombre al tipo de hachas planas denominado “Cabrales”) y el de la fuente de Frieres, en Posada de Llanes, que están entre los casos más antiguos documentados en la Edad del Bronce Peninsular (Brandherm 2007a). No obstante, la edad de oro de este tipo de contexto arqueológico es el Bronce Final, período en el que son extremadamente abundantes y en algunos casos incluyen centenares de objetos, como sucede, por citar sólo dos casos particularmente famosos, en los de Mauves, cerca de Nantes (Francia), o la ría de Huelva, en el sur de España. En el valle del Sella contamos con un probable ejemplo de comienzos del Bronce Final, el de Pruneda (Nava) (de Blas 1975). Se trata de un lote adquirido en 1876 por el coleccionista Sebastián de Soto Cortés (Vilanova y Rada 1890), que consta de cuatro hachas. Destaca entre ellas un ejemplar de talón sin anillas, similar a producciones de tipo bretón de finales del Bronce Medio (en torno a los siglos XIV-XIII a.C.), que podría haber sido importado de esa región francesa, habida cuenta de la rareza de este tipo metálico en la península ibérica.

La circulación de objetos metálicos a larga distancia fue algo muy frecuente en la Edad del Bronce, sobre todo en fases avanzadas. Esto es un indicio de la existencia en esta época de amplias redes de intercambio, focalizadas fundamentalmente en materiales de lujo para uso de las élites sociales, pero también de la creciente importancia simbólica que adquirieron algunos objetos. Esto resulta claro en el caso de determinados tipos de armas (en particular puñales, espadas y alabardas), que se asocian sistemáticamente a los sectores privilegiados de la sociedad y que, más allá de su función práctica para la defensa personal y la actividad bélica, se convierten en emblemas del poder, la riqueza y probablemente otros valores propios de sociedades guerreras (valentía, nobleza...). En el oriente de Asturias tenemos un ejemplo notable de la relevancia simbólica del armamento en la importantísima estación de arte rupestre de Peña Tú (Puertas de Vidiago, Llanes), en la que se representa una gran figura antropomorfa asociada a un puñal o espada (Hernández-Pacheco et al.

1914; Bueno y Fernández-Miranda 1981; Ontañón 2003; de Blas 2003).

No son muy abundantes los objetos de este tipo en la Edad del Bronce asturiana. Dos de ellos, no obstante, proceden de la cuenca del Sella, el ya mencionado puñal de espigo de la cueva del Cuélebre y la espada de Sobrefoz, datable en torno al siglo XI a.C. Esta es un objeto muy notable (de hecho, la única espada del Bronce Final publicada hasta la fecha en toda la región cantábrica, y uno de los ejemplares más destacados de su género en toda la península ibérica). Corresponde al tipo conocido como pistiliforme, por el característico ensanchamiento en el tercio anterior de la hoja para darle más solidez. Se trata de un nuevo tipo de armas que llegan en el siglo XII a.C. a la Península (sobre todo al tercio septentrional, que es donde se ha encontrado la mayor parte) procedentes de Centroeuropa, aunque pronto son adoptadas por los metalurgistas locales. Tal parece ser el caso de la de Sobrefoz, que corresponde al tipo conocido como Vilar Maior, que se interpreta como una versión ibérica de estas armas (Brandherm 2007b). Las espadas pistiliformes se caracterizan, además de por la mencionada forma de pistilo de la hoja, por una mayor longitud y por poseer un mango con alma metálica fundida en una sola pieza con el resto del arma. Todas estas características hacen que sean más resistentes y eficaces que las espadas del Bronce Medio, probablemente adaptándose a nuevas estrategias de lucha, vinculadas al desarrollo de elementos de defensa más eficaces (cascos, corazas, escudos), precedentes de lo que más tarde se denominará infantería pesada. El contexto del arma pongueta se conoce mal. Apareció en 1878 en “el centro de la cuerria” de Sobrefoz (Diego 1960), lo que resulta difícil de interpretar, pues podría tratarse de una ocultación, pero también de una sepultura (tal vez una cista) desmantelada. En cualquier caso, como comentábamos, se trata de uno de los documentos más importantes del Bronce Final del norte peninsular. Por desgracia, este objeto, que formó parte de la colección Soto Cortés, de Labra (Cangas de Onís), no ingresó en el Museo Arqueológico de Asturias con el resto de la colección, por lo que no es accesible para los investigadores y no puede ser revisada ni analizada para determinar su proceso de fabricación o su procedencia. Confiamos en que en un futuro próximo pueda ser recuperada para

las colecciones públicas, de forma que se garantice su conservación.

## 5. La Edad del Hierro en el valle del Sella

Entre los siglos IX y VIII a.C. en la región cantábrica se produce un cambio cultural que llevará a la progresiva sedentarización de los grupos humanos. La plasmación material de esta nueva realidad fue la creación de los castros, poblados erigidos en altura sobre cimas desde las que se adquiriría un control visual del entorno y que eran defendidos por los abruptos relieves y sus defensas artificiales, las cuales inicialmente consistían básicamente en terraplenes y empalizadas que irían progresivamente petrificándose.

Con el paso de los siglos, tanto la sociedad como su cultura material se volverán más complejos y diversos, ampliándose los contactos y las relaciones socioeconómicas más allá de sus áreas de influencia. Esto traerá consigo entre los siglos VI y IV a.C. un periodo de transición hacia la Segunda Edad del Hierro en el que comienzan a implantarse avances tan relevantes como el torno de alfarero o la metalurgia del hierro. Algunos de los castros erigidos verán interrumpida su ocupación y surgirán nuevos enclaves que responderán a nuevas necesidades. Destaca la aparición, especialmente al sur de la Cordillera, de *oppida*: grandes centros fortificados con rasgos urbanos en los que se desarrollarán distintas funciones y artesanías, y de los que dependerán las poblaciones de su entorno; un tipo de ocupación complejo que será el reflejo de una sociedad cada vez más jerarquizada al frente de la que estarán elites ecuestres guerreras.

Este panorama, común, a grandes rasgos, a toda la región cantábrica, no siempre cuenta con una base arqueológica que lo refrende, pues existen importantes lagunas. Una de ellas la encontramos la zona oriental de Asturias en donde, en comparación con la zona central y occidental de la región, el número de yacimientos es muy escaso, existiendo muy pocas intervenciones arqueológicas centradas en este periodo. Tal era la situación a la entrada del siglo XXI que algunos autores llegaban a considerar que no había castros en la comarca, si bien las nuevas investigaciones están poniendo sobre el mapa nuevos enclaves que ayudan a despejar la niebla de la Edad del Hierro en el oriente asturiano.

### 5.1. La Primera Edad del Hierro

En lo que respecta a la Primera Edad del Hierro (siglos VIII-V a.C.), el emplazamiento de castros en lugares destacados desde el punto de vista paisajístico, con gran control visual del territorio y una orografía aprovechable para la defensa, ha sido considerado como un patrón de poblamiento propio de este momento (Marín 2011). A falta de dataciones numéricas y un registro material que lo confirme, existen diversos yacimientos que responden a estas características. En Parres podríamos citar El Picu Mancobiu, situado en la sierra del Sueve, cerca de la confluencia entre el Piloña y el Sella, desde cuya altura, protegida por pendientes acantiladas y murallas, se dominan todos los pasos naturales hasta alcanzar Cangas de Onís (Camino y Viniegra 2002).

En Margolles (Cangas de Onís) hay referencias de la existencia de dos castros, la Corona de Castiello y El Cuetu. Ambos controlan el valle del Sella y han sido relacionados con el hallazgo de un hacha de talón y anillas de bronce aparecido en una mina del lugar. La documentación de este tipo de piezas en yacimientos de la Primera Edad del Hierro es común a lo largo de toda la región cantábrica. Dos ejemplos cercanos los encontramos en el castro de La Riera (Colunga) en donde, junto a la conocida ocupación romana, se recogió un hacha de base cobre, quizás de talón y anillas, que podría ser indicativa de una ocupación anterior, y en el Pico San Marín (Frieras), un castro que domina toda la desembocadura del Bedón.

Abandonando el valle del Sella hacia el este se alzan otros dos exponentes que pueden representar esta fase inicial. El primero de ellos es el Picu Castiellu de La Pereda (Llanes), erigido en un cerro amesetado que domina todo el actual concejo. El segundo es el Castro Llíá (Alles, Peñamellera Alta), un enclave de difícil acceso sobre el río Cares que ha sido puesto en relación con el enterramiento de la Primera Edad del Hierro de Fuentenegro, el cual se halla en la misma sierra, a 850 metros de altitud –otra posibilidad propuesta es que el vínculo se extienda hasta el castro marítimo de Punta de Jarri (Llanes). En la sala más profunda de esta cavidad de 25 metros de desarrollo se hallaron, en el año 2001, los restos de un cadáver colocado boca arriba y ligeramente apoyado sobre el lado izquierdo con piernas en posición fetal (Barroso et al. 2007). Su acomodo se realizó en una pequeña fosa ex-

cavada directamente en el suelo de la cueva. El cadáver llevaba dos pulseras de bronce, una en cada mano, y se encontraron restos una cabra que pudiera haber constituido una ofrenda. Los estudios arqueológicos y antropológicos revelaron que se trataba de una mujer de poco más de 20 años y 1,60 m de estatura cuyo fallecimiento aconteció entre el siglo VIII y el VI a.C. El desgaste de los huesos presenta indicios de intensa actividad física, consecuencia posiblemente de centrar su vida en la abrupta sierra de Cuera. Su dieta se basaba en el consumo de vegetales verdes y frutas, complementadas por carne y pescado, con poco aporte de productos marinos y lácteos.

El yacimiento de Fuentenegroso supone una continuidad de las tradiciones funerarias anteriores y pone en evidencia la importancia que desde el punto de vista cultural tuvieron las cavidades en la Edad del Hierro, una concepción que muy posiblemente vaya evolucionando con el paso de los siglos, dejando a un lado el uso funerario para centrarse en el ámbito exclusivamente ritual. Quizás a este objeto respondan las tres tazas halladas en la cueva de la Zurra (Purón, Llanes), las cuales fueron depositadas intencionalmente en una oquedad (Arias et al. 1986). Su forma y decoración a base de incisiones de espigas en una línea circundante en el cuerpo y de elementos plásticos, con buenos paralelos en el contextos celtibéricos tardíos como Melgar de Abajo (Valladolid), permiten fecharlas al final la Edad del Hierro, posiblemente a mediados del s. I a.C. (Arias 1999). Su reducido tamaño descarta que hubieran sido empleadas como urnas cinerarias, por lo que su depósito debe responder a otros fines.

Otros hallazgos de esta índole a tener en cuenta son las dos piezas de arreo de caballo de bronce, datadas entre el siglo IV y el II a.C., ya en la Segunda Edad del Hierro, procedentes de una cavidad cercana al Pueblo Bajo de Lledías (Llanes) (Maya 1988), o los fragmentos cerámicos atribuibles a la Edad del Hierro procedentes del nivel superficial de la cueva de El Cierro (Fresnu, Ribadesella) o del exterior de la cueva de El Alloru (Balmori, Llanes) (Arias et al. 2016). Entre ellos existe un borde plano con incisiones paralelas en el labio perteneciente a una vasija con una boca de amplio diámetro, que podría pertenecer a la Primera Edad del Hierro o momentos transicionales.

Junto a la nueva ocupación en castros parece plausible la existencia de yacimientos en el valle que aprovecharan los recursos que allí se ofrecían, como unas tierras fértiles adecuadas para el cultivo. Es probable que se establecieran pequeñas aldeas autónomas o dependientes de núcleos mayores que, en gran parte de los casos, la creciente y continua modificación del territorio ha hecho desaparecer. No obstante ocasionalmente surgen evidencias que apuntan hacia esta dirección como sucede en Vega de Corao (Cangas de Onís). Durante las labores de ampliación de la carretera AS-114, la aparición de nuevos yacimientos llevó a la realización varios sondeos arqueológicos, uno de los cuales proporcionó un pequeño conjunto cerámico en el nivel IV atribuible a la Edad del Hierro (Requejo y Álvarez 2010). Entre los 16 fragmentos parece existir un predominio de las ollas con bocas de entre 14-18 cm de diámetro y bases de entre 8-14 cm. Fue su factura y las formas identificadas las que permitieron, por comparación con otros registros cerámicos, realizar la propuesta cronológica. Por su situación, todo parece indicar que proceden de las cercanías del yacimiento prehistórico de La Cavada.

## 5.2. La Segunda Edad del Hierro

La Segunda Edad del Hierro (siglos IV-I a.C.) no cuenta en el valle del Sella con mejor suerte desde el punto de vista arqueológico que el período precedente, limitándose la información disponible a noticias escueltas o hallazgos casuales. La mayor parte de ellos se concentran en Cangas de Onís, de donde proceden algunas fibulas de pie vuelto fechables entre los siglos V y III a.C. y un conjunto de piezas de oro formado por siete fragmentos de torques y una diadema-cinturón (García Vuelta 2001). Aunque la procedencia de este último conjunto de materiales, que formaban parte de la colección Soto Cortés (Diego 1960), es dudoso, tradicionalmente se ha vinculado a Cangas de Onís. Entre los torques encontramos tres varillas (de sección romboidal, con alambre enrollado y de sección compuesta), tres terminales y un torque con varilla romboidal y terminal en doble escocia. La diadema-cinturón está realizada en una lámina rectangular de 39,5 cm de longitud y 7 cm de altura. En uno de sus extremos se disponen dos anillas mientras que en el otro se instalan dos gachos para permitir el cierre. La superficie cuenta con una decoración es-



Figura 9. Diadema de Moñes (Piloña).

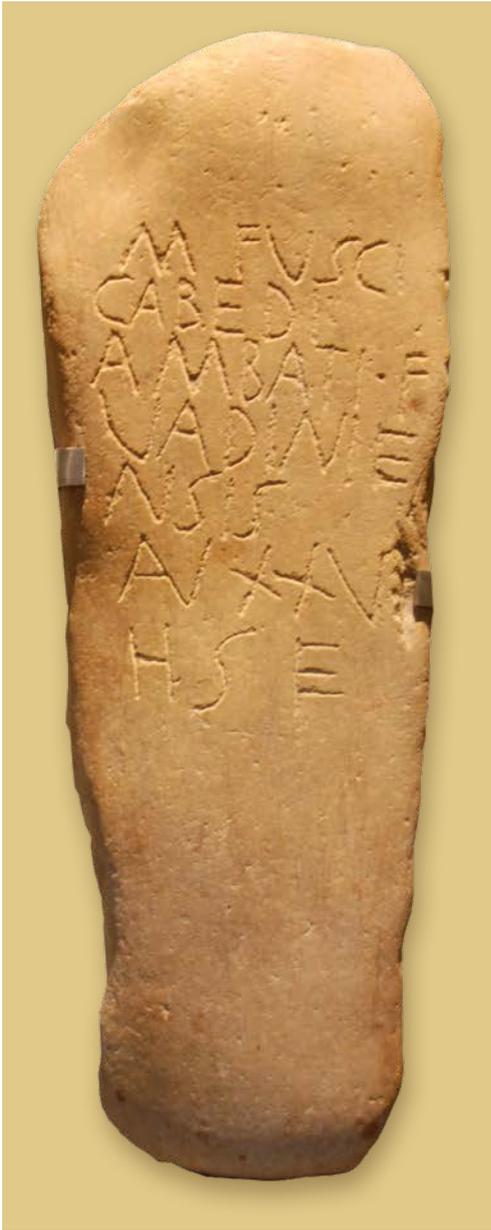
tampada a base de líneas de círculos y SSS, que algunos autores interpretan como esquematizaciones de ánaes. Los torques están datados entre los siglos III-I a.C. mientras que para la diadema-cinturón existen diversas propuestas que van desde los siglos V-IV a.C. hasta el siglo I d.C.

Estos objetos muestran una fuerte influencia de la orfebrería que se extiende desde el occidente y centro de Asturias, hasta el área donde se halló este conjunto o las diademas-cinturón de Moñes (Piloña) [Figura 9]. De estas últimas se conservan un total de siete fragmentos, distribuidos entre el Museo Arqueológico Nacional, el Musée des Antiquités Nationales de Francia, en Saint Germain-en-Laye, y el Instituto Valencia de Don Juan, en Madrid, que pertenecieron, muy posiblemente, a dos diademas-cinturón fabricadas en un mismo taller. A lo largo de su desarrollo se observa una decoración dispuesta en uno o dos frisos en la que aparecen representaciones de jinetes con los brazos extendidos alternando con infantes, también con los brazos extendidos o flexionados, que en algunos casos portan grandes recipientes. Todos ellos van armados y tocados con cascos, apuntados o con forma de cornamentas, observándose caetras y cinturones en el caso de los infantes. En torno a ellos hay aves, peces, una rana o tortuga, un caballo y filas

de puntos que se han identificado con agua. No existe una única interpretación para la escena, habiéndose propuesto, entre otras, que se trate de una procesión de carácter cultural vinculada con el agua, a la que llevarían ofrendas y armas para ser consagradas, de un culto solar en el que el astro estaría tras los escudos, de una ceremonia o entierro donde las armas serían tiradas al agua y se sacrificaría un caballo, de una escenificación del tránsito al trasmundo de los guerreros, de una imagen histórica o de algún pasado mítico, de una simple festividad, o incluso que se trate de unas representaciones que carezcan de carácter narrativo, siendo simplemente una imagen de la sociedad guerrera que las creó. Su cronología, como la de Cangas de Onís, es difícil de determinar, y las propuestas existentes oscilan entre los siglos V-IV y el I d.C. (García Vuelta y Perea 2001; Schattner 2012).

De la orfebrería de la Segunda Edad del Hierro resta por mencionar una fibula anular romana del tipo omega procedente del entorno de Cangas de Onís que, aunque ha sido adscrita a este momento, corresponde a un tipo que bien pudiera relacionarse con el mundo romano (Maya 1988).

A partir del siglo III a.C., basándonos en las fuentes clásicas, podemos identificar las etnias a las que correspondían los habitantes del valle



**Figura 10.** Estela del vadiniense Fusco Cabedo, procedente de Corao (Cangas de Onís) (foto: A. Villa Valdés).

(Llanes) proceden epígrafes ya de época romana en los que se menciona la pertenencia de las personas a los que están dedicados a esta etnia. Al sur de los orgenomescos, por el extremo occidental, parece que se situaban los cántabros concanos, cuya capital estaría en el *oppidum* de Concana, el cual podría localizarse en Cangas de Onís o en las sierras cercanas. Limitando con ellos por el sur, en gran parte ya en tierras leonesas, estarían los cántabros vadinienses, con capital en *Vadimia*, de los cuales se han conservado numerosos epígrafes funerarios de época romana, algunos de ellos aparecidos en el concejo de Cangas de Onís [Figura 10], dando testimonio de una de las sendas de la romanización (Peralta 2003).

A pesar de conocer sus nombres y el de sus capitales, poco sabemos sobre su poblamiento. En la propia cuenca del Sella cabe citar el Picu Castiellu de Taranés (Ponga), un poblado fortificado que domina el valle, en un espolón a 616 metros de altitud con fuertes pendientes naturales que, desde el punto de vista defensivo, son auxiliadas por dos líneas de muralla y un foso que llega a alcanzar los dos metros de profundidad. La zona de hábitat solo sería posible en los dos aterramientos existentes. El hallazgo de una fibula anular hispánica en la carretera sita bajo el enclave apunta a una cronología situada en la Segunda Edad del Hierro (Camino y Viniegra 2002; Fanjul 2004; Marín 2011).

No obstante, la información más relevante viene de un yacimiento inmediato al valle del Sella, el castro de Caravia, excavado por primera vez a comienzos del siglo XX por Aurelio del Llano (1919). Se sitúa en un altozano calizo a 375 metros de altitud, quedando defendido por las pendientes de sus laderas y una muralla. Esta última, de unos 2-3 metros de anchura, fue construida a hueso mediante doble paramento relleno, rodeando el crespón excepto en el lado norte-oeste, donde las fuertes pendientes cumplirían esta función. La defensa se asienta sobre dos plataformas de nivelación previa, existiendo otra sobre un nivel de incendio posterior que indica una reocupación y, por tanto, la existencia de dos fases. Al interior de la muralla, y seguramente apoyadas en ella, se dispondrían cabañas rectangulares construidas con materiales orgá-

de Sella, los cuales se sitúan en un espacio que sirvió de límite entre los cántabros y astures. La costa del occidente de la actual Cantabria y el oriente de Asturias fue ocupada por los cántabros orgenomescos, a los que los autores grecolatinos asocian su capital *Orgenomescos* y el puerto de *Vereasueca*, situado posiblemente en San Vicente de la Barquera (Cantabria). De Bodes (Cangas de Onís), Fuentes (Parres) y Torrevega

nicos de los que se han conservado suelos de arcilla de 4x3 metros. Un nivel de incendio fue fechado por radiocarbono en el siglo IV a.C., lo que nos permite conocer el límite cronológico entre la primera y la segunda fase, la cual llegaría hasta el siglo II-I a.C. (Cid et al. 2009). El registro material de este castro es muy significativo. Encontramos distintas piezas de armamento que dibujan una sociedad guerrera, como una hoja de puñal del tipo Monte Bernorio fechada en el siglo III-II a.C., regatones, puntas de lanza, puntas de proyectiles y enganches de tahalí. Distintos objetos cotidianos nos ayudan a comprender también su día a día y el aprovechamiento de los recursos cercanos. Así, un anzuelo nos indica la práctica de pesca fluvial y quizás marítima; una hoz puede vincularse con las actividades agrícolas (tenemos constancia del cultivo en esta Segunda Edad del Hierro de diversos tipos de trigo, cebada y mijo); una azuela, un cincel y un taladro reflejan el trabajo de la madera; las fusayolas nos hablan de la existencia de actividades textiles. A su vez, la abundancia de piezas metálicas muestran que estamos ante una sociedad que ya domina la metalurgia del hierro, reservando el bronce principalmente para objetos de adorno como las fíbulas. De estas últimas hay ejemplares de pie vuelto (siglos V-III a.C.), de La Tène (siglos IV-II a.C.), anulares romanas y una zoomorfa de caballito fechada en el siglo II a.C. que podría estar indicándonos la presencia en Caravia de élites ecuestres.

El registro cerámico está marcado por la presencia de producciones con decoraciones incisas lineales u oblicuas, unguilaciones en los labios, mamelones y estampillados de círculos concéntricos. Este último motivo decorativo, aun siendo realizado en el propio castro, como prueba el hallazgo de una estampilla, ha sido considerado un indicio de vínculos con las producciones del sur del área cántabra y de la Meseta.

Por último, no debemos olvidar citar el castro de La Isla (Colunga), de planta ovalada y defensas articuladas mediante terraplenes que, según Aurelio del Llano, proporcionó materiales muy similares a los de Caravia.

### 5.3. El fin de la Prehistoria

El final de la Edad del Hierro, como sucede en buena parte de la península ibérica, viene de la mano de Roma; un final que en el caso del territo-

rio cántabro y astur adquirirá tintes violentos con el desarrollo de las Guerras Cántabras. El hallazgo de materiales romanos y, fundamentalmente, los restos epigráficos, evidencian la existencia de un proceso de romanización del valle del Sella. No obstante aún son esquivas las huellas del conflicto quedando los restos más cercanos en la zona de Peña Prieta, donde se ubica el campamento de Castro Negro (Vega de Liébana, Cantabria) y el recinto fortificado de Robadorio, entre los municipios de Vega de Liébana (Cantabria) y Boca de Huérgano (León). El primero de ellos, situado a 1.962 metros de altitud, responde a las características de los *castra in monte* con un *agger* de tierra que iría reforzado por un foso exterior y puertas en clavícula internas. Mide 515 metros de largo por 222-210 metros de anchura, abarcando unas 10,5 hectáreas que darían cobijo a una legión con sus tropas auxiliares. A 2.219 metros de altitud, en la cercana cima de Robadorio, se documenta también un potente canchal de derrumbe sin lienzo que pudiera responder a un *agger petrosus*. Este recinto presenta una planta de tendencia oval de 70x37 metros con ángulos redondeados y entrada en esviaje. Al exterior de este existe otra línea defensiva que amplía su entidad, convirtiéndolo en un posible *castellum*.

Ambos campamentos se fechan a partir del año 25 a.C., no dilatándose en el tiempo al tener un carácter temporal marcado por su localización. Desde ellos el ejército romano se habría asegurado el control efectivo de la comarca de Liébana y de los pasos de montaña de la cordillera, pudiendo haber participado, junto con el campamento del Collado de Vistrio (Pesaguero, Cantabria), en la toma del *Mons Vindius* mencionada por las fuentes literarias grecolatinas (Hierro et al. 2014).

Recientemente se han documentado restos militares romanos en la propia cuenca del Sella, en el sitio conocido como Picu Viyao (Piloña) (González et al. 2011). El análisis de las estructuras de este recinto ha permitido identificar la presencia de *brachia* destinados a proteger el suministro de agua, un tipo de construcción con paralelos en el mundo militar romano que ha permitido cambiar su inicial identificación como castro a campamento. Su situación estaría alejada del conflicto, cumpliendo funciones de control del territorio que garantizaran tanto la explotación de los recursos del entorno como la paz romana y el imparable avance de la romanización.

